

flaquezas del hombre, sino sobre aquella parte superior y más excelsa de su ser que se manifiesta y traduce en sus obras. Pero como quiera que este género de crítica no está al alcance de todo el mundo, y la otra, es decir, la meramente histórica (no menos que la gramatical) puede ser comprensible para el entendimiento más burdo, son pocos los que han penetrado en los secretos del arte de Lope y muchos los que tienen noticia de su pecadora vida y le profesan tirria y mala voluntad por los defectos de su condición envidiosa y recelosa del mérito ajeno; habiendo llegado en esto al colmo de la intemperancia algunos cervantistas españoles é ingleses, que no parece sino que se han empeñado en convertir la devoción á Cervantes en una secta fanática.

No voy á tratar aquí el punto harto difícil de las relaciones entre Cervantes y Lope, sobre el cual todavía no se ha hecho luz bastante. Creo que estas relaciones nunca fueron muy cordiales, y que siempre hubo entre ellos incompatibilidad de humores, nacida de su diverso temperamento literario, y quizá de disgustos personales, que ahora no es fácil averiguar. Todos los bien intencionados esfuerzos de Navarrete caen ante la realidad de los hechos, que por otra parte, no eran conocidos enteramente en su tiem-

po. El rey de nuestra prosa y el rey de nuestro teatro, no sólo se miraron de reojo, sino que por un tiempo más ó menos largo, estuvieron francamente enemistados.

¿Pero de quién partieron las hostilidades? Parece que de Cervantes, á lo menos las públicas y notorias, las únicas que dejaron huella en los libros. Cervantes era bueno, generoso; llegó al heroísmo en muchos actos y situaciones de su vida; pero era del barro de Adán, y pertenecía además al gremio irritable de los poetas. Como dramaturgo, había sobrevivido á su generación, y se encontraba desterrado de la escena, donde Lope reinaba con absoluto imperio. *En los nidos de antaño no había pájaros hogaño*, según el mismo Cervantes lastimeramente dice. ¿No parece muy humano que cediera á un movimiento de despecho, no de envidia, que ésta era incompatible con su carácter?

Así fué, en efecto, y ahí está la primera parte del *Quijote* para atestiguar que la agresión no siempre se detuvo en el razonable límite de la censura literaria. Es cierto que en el diálogo entre el canónigo y el cura sobre el teatro, Cervantes hace, y no creo que por mera precaución retórica, notables salvedades en alabanza de Lope, sin perjuicio de declarar que casi todas sus comedias y las de sus discípulos eran *conocidos disparates*.

Pero en el prólogo y en los versos burlescos que van al frente le zahiere y maltrata sin piedad, con alusiones que para los contemporáneos debían de ser clarísimas, puesto que todavía lo son para nosotros, como ya lo mostró Hartzzenbusch, poniendo en cotejo los preliminares del *Quijote* con *El peregrino en su patria*, libro que Lope acababa de publicar, en 1604. Y si damos fe á todas las interpretaciones de Hartzzenbusch, que en este caso no me parecen muy alambicadas, algo hay en aquellos extraños versos que no tiene conexión con la literatura, y que se dirige sólo á herir á Lope en el punto más flaco y vulnerable de sus costumbres y de su honra.

Por honor de Cervantes no quisiera yo creer en este género de alusiones péfidas y veladas, pero tampoco es preciso suponerlas, bastando con el prólogo y el razonamiento sobre el teatro para explicar la mortificación de Lope, que leyó el *Quijote* antes de imprimirse, ó á lo menos alcanzó alguna noticia de los ataques que contenía contra su persona, como parece por aquella descompuesta y absurda frase con que desahogó su enfado en carta escrita á persona desconocida (que parece haber sido un médico): «De »poetas no digo: buen siglo es este; muchos »están en cierne para el año que viene, pero

»ninguno hay tan malo como Cervantes, ni »tan necio que alabe á Don Quijote...» Y luego añade: «Cosa para mí más odiosa que »mis librillos á Almendárez y mis comedias »á Cervantes.»

Esto escribía Lope en 14 de Agosto de 1604, puntualmente un año antes de salir el libro que tan mal parado iba á dejar su crédito de profeta. Esa frase, aunque confiada al secreto de una carta familiar, no descubierta hasta nuestros días, y probablemente dictada por un irreflexivo movimiento de mal humor, pesa y debe pesar sobre la memoria de Lope; así como, después de la rehabilitación solemne del teatro español, que con todos sus defectos es el más nacional y el más rico del mundo, pesa y debe pesar sobre la memoria de Cervantes aquello de los *conocidos disparates* aplicado en montón á la grandiosa labor dramática de su adversario.

A mi ver, estos dos soberanos ingenios no llegaron á entenderse nunca, ó más bien no quisieron entenderse, ni ver que la obra del uno era en cierto modo complemento de la del otro, y que la posteridad había de reconciliarlos en una misma gloria.

Pero fuera de esa carta de índole privada, y fuera de un insolente soneto que tampoco corrió más que manuscrito, y que por su des-

vergonzado estilo más parece de Góngora que de Lope, no consta que el *Fénix de los Ingenios* tomase contra Cervantes ningún otro género de represalias, á pesar del modo ambiguo con que éste volvió á aludirle en la segunda parte del *Quijote*, ponderando su *ocupación continua y virtuosa*, y esto precisamente en 1615, año que pudiéramos llamar climatérico en la vida de Lope, puesto que en él comenzó la última, la más criminal, y también la más trágica y desventurada de sus pasiones. Harto sabía su vecino Cervantes, como sabía todo Madrid, cuál era entonces la *ocupación continua*, aunque nada *virtuosa*, de Lope.

Convengamos en que tales saetazos eran muy suficientes para sacar de quicio aun á persona de condición más pacífica y menos soberbia que Lope. Y sin embargo, parece haber conservado algún trato con Cervantes, que en 1612 era compañero suyo en la Academia del Conde de Saldaña, y que cierta noche, para que leyera una canción, le prestó sus anteojos que parecían *huevos estrellados mal hechos*. En sus obras impresas, nunca Lope dejó de elogiarle, á veces con tibieza, que hoy nos desagrada, como cuando dice que «no le faltó gracia y estilo en sus novelas»; pero otras con alta estimación, como en la comedia de *El premio del*

bien hablar, donde junta el nombre de Cervantes con el de Cicerón, considerando sin duda al primero como el gran maestro de la prosa castellana, al modo que lo es Marco Tulio de la latina: juicio, como se ve, bien conforme con el que los siglos han formulado acerca de la superior excelencia del estilo de Cervantes entre todos los autores de nuestra lengua. Y el elogio es tanto más de notar, cuanto que viene intercalado, sin necesidad, en el diálogo de una comedia, y no puede confundirse con los vulgares cumplimientos y loores del *Laurel de Apolo* y otros poemas análogos.

Sabida la enemistad más ó menos profunda y duradera entre Cervantes y Lope, no es maravilla que algunos hayan atribuido al segundo la composición del falso *Quijote*, y que otros, sin llegar á tanto, le achaquen cierto género de complicidad en la publicación de este libro, fundándose especialmente en los elogios que de su persona hace el encubierto autor en el prólogo y en otras partes de la novela, y en lo mucho que muestra dolerse de los ataques de Cervantes contra él.

Que Lope sea autor del *Quijote* de Avellaneda es cosa de todo punto inadmisibile. El estilo tan característico de esta novela nada tiene que ver con ninguna de las varias

maneras que como prosista tuvo Lope. No se parece ni á la prosa poética y latinizada de *La Arcadia* y de *El Peregrino en su patria*, ni á la gallarda y elegante prosa histórica del *Triunfo de la fe en los reinos del Japón*; ni á la sabrosa, natural, expresiva y agraciada dicción de muchas escenas de la *Dorotea*, que á ratos se atreve á competir con la misma *Celestina*; ni, finalmente, al truhanesco gracejo de las cartas familiares, que si honran poco al hombre, valen mucho por la ingeniosidad y el chiste. Pero aun en esta correspondencia secreta, donde el gran poeta rompe desgraciadamente todo freno, nada hay que se parezca á la torpe grosería de Avellaneda. En sus peores cartas Lope es lascivo, y á veces cínico; pero lo es de otro modo, y con otro donaire y otro señorío que Avellaneda. Y cuando escribe para el público, hasta cuando traza cuadros de malas costumbres, que no podían faltar en su inmenso teatro, si había de ser, como es, trasunto completo de la comedia humana, procede con cierta parsimonia y buen gusto que jamás conoció Avellaneda. Así en la *Dorotea* misma, en *El Anzuelo de Fenisa*, en *El Rufián Castrucho*, en *El Arenal de Sevilla*. Nunca en sus más libres desenfados se confunde la noble musa de Lope y de Tirso con el brutal realismo de Avellaneda, que

es propio y peculiar suyo entre todos los autores de aquel siglo.

Si Lope no escribió el *Quijote* de Avellaneda, ¿pudo inspirarle, á lo menos? La posibilidad no se niega, pero el hecho es inverosímil. En 1605, año de la publicación del *Quijote*, empieza la correspondencia autógrafa de Lope con el duque de Sessa, y continúa hasta 1633, dos antes de la muerte de Lope y muchos después de la de Cervantes. Pues bien: en esta enorme y reservada correspondencia, donde Lope procede sin ningún género de disimulo y hace las más tristes confesiones; en esta correspondencia, donde, por otra parte, abundan tanto las noticias literarias, políticas y de todo género, no hay una sola palabra que se refiera al *Quijote* de Tordesillas ni á su autor. Esforzando el argumento negativo, podría dudarse hasta de que Lope hubiese visto el libro impreso en Tarragona, que los contemporáneos, como es sabido, miraron con la mayor indiferencia, hasta el punto de no haber sido reimpresso ni una sola vez en aquel siglo, al revés de lo que sucedía con cualquier mediano libro de entretenimiento. Esta misma indiferencia del público contradice más y más la hipótesis que impugnamos. ¿Cómo era posible que un libro de Lope, ó inspirado y patrocinado por él, no excitase por lo

menos la curiosidad, teniendo además, como tenía, las cualidades literarias que es imposible negar al *Quijote* de Avellaneda?

Que Avellaneda era admirador de las *estupendas é innumerables comedias* de Lope de Vega, bien á la vista está desde las primeras líneas de su prólogo. Pero ¿qué español (fuera de algún pedante como Torres Rámila) dejaba de admirar entonces el prodigioso ingenio de Lope; desde el venerable P. Mariana, que á pesar de su antigua aversión á los juegos escénicos, interrumpía en 1618 la estudiosa quietud de su retiro de Toledo para lanzar en verso griego una diatriba, poco menos iracunda que las de Arquíloco, contra el audaz pedagogo de Alcalá, á quien juzgaba digno nada menos que del patíbulo por haber hincado su canino diente en las obras del gran poeta nacional; hasta aquellos fanáticos á quienes la Inquisición tuvo que amonestar en sus índices porque repetían á coro el *Creo en Lope de Vega todopoderoso, poeta de los cielos y de la tierra*? La voz del oscuro Avellaneda no era más que una de tantas como se alzaban en esta apoteosis de un poeta que, á haber nacido en las edades heroicas, hubiera tenido templos y sacerdotes como Homero.

No creo necesario detenerme á impugnar la paradoja que por mero juego de ingenio,

si no me equivoco, sostuvo en 1874 D. Adolfo de Castro, atribuyendo el apócrifo *Quijote* al insigne poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón.

Nuestro amigo el Sr. Castro (1) hizo alar de una vez más del prodigioso conocimiento que tiene de la literatura española del siglo xvii, pero no convenció, ni podía convencer á nadie, ni quizá él mismo estaba convencido de lo que sustentaba. No puede haber antítesis más completa que la del soez y desvergonzado Avellaneda, y el delicadísimo poeta terenciano, el suave y profundo moralista, el intérprete más humano del ideal caballeresco, el más reflexivo y correcto de los ingenios de su tiempo, el que menos concesiones hizo ni al vulgo ni al torrente de la improvisación. El sentido de belleza moral que se difunde como escondido aroma por todas las venas del teatro alarciano; el alto y generoso concepto de la vida que en él resplandece; el sello de distinción aristocrática que sin esfuerzo le realza; la continua pulcritud de pensamiento y de expresión que sólo en alguna comedia de su juventud puede echarse de menos, son dotes y condiciones tales que hacen ética y estéticamente imposible que Alarcón pudiera es-

(1) Vivía aún, cuando se escribió esta carta.

cribir ni una sola página de las que llevan el nombre del licenciado tordesillesco. Y como la vida de Alarcón estuvo en perfecto acuerdo con la doctrina de sus escritos, tampoco se le puede achacar la vileza de haber injuriado, sin motivo ni provocación, á Cervantes, de quien no consta que fuese ni amigo ni enemigo, y á quien sólo pudo alcanzar en sus últimos años, puesto que Alarcón volvió de Méjico en 1611. Y aunque generalmente se supone que ya habían tenido relaciones literarias en Sevilla, en 1606, todo el crédito de esta aseveración estriba en que sea de Cervantes la carta descriptiva del festejo de San Juan de Alfarache, lo cual podrá parecer más ó menos verosímil, pero dista mucho de ser artículo de fe, puesto que sólo se funda en coincidencias de estilo, que cada cual ve y entiende á su modo (1).

La mayor prueba de lo inseguro de este método y de las consecuencias quiméricas á que arrastra, nos la da el mismo Sr. Castro, cuando á su modo quiere probar, con erudición y agudeza, que el estilo de Avellaneda y el de Alarcón se parecen como dos gotas de

(1) Por mi parte estoy convencido de que la *Carta á Don Diego de Astudillo* no puede ser de Cervantes, que no estaba en Sevilla en 1606, y encuentro plausible la conjetura del Sr. Groussac, que la atribuye al Dr. Juan de Salinas.

agua. Para ello acumula muchos ejemplos y comparaciones, después de las cuales, todo el que conozca á ambos autores, queda tan persuadido como antes de que no se parecen en nada. Porque no basta la coincidencia en pensamientos comunes; no basta el empleo frecuente de unas mismas locuciones, que en último resultado pertenecen al caudal de la lengua del siglo xvii y no al particular de ningún autor; se necesita la presencia de algo más hondo y personal, que pudiéramos llamar *el alma del estilo*, la raíz del peculiar modo que cada autor tiene de engastar el concepto en el signo literario.

Tales argumentos, por lo mismo que prueban demasiado, nada prueban. Vuélvase la oración por pasiva, y quien tenga el ingenio y la vasta lectura del Sr. Castro, podrá demostrar por el mismo método que Avellaneda es Tirso de Molina, ó Mateo Alemán, ó Vicente Espinel, ó Quevedo, ó Góngora, ó Montalbán, ó cualquiera de los que escribían con aplauso en las postrimerías del siglo xvi y principios del siguiente. A veces imagino que, al formular su tesis el docto gaditano, no se propuso otra cosa que probar, por reducción al absurdo, la ineficacia del método que hasta ahora se ha seguido en esta indagación.

Hora es ya de que en este y en otros puntos de más entidad vaya abandonando la

crítica cervantina el terreno movedizo y fantástico en que por demasiado tiempo se ha extraviado. Yo no tengo autoridad ni ciencia para dar consejos á nadie, pero me duele que en medio de la riqueza de lucubraciones estériles que abruman esta rama de nuestra bibliografía, no tengamos todavía, de mano española, un libro definitivo sobre Cervantes. Comentarios simbólicos, exegéticos y trascendentales no faltan, ni tampoco disquisiciones encaminadas á probar su pericia en todo género de ciencias, artes y oficios, desde la teología hasta el arte de cocina. Lo que yo echo de menos es un libro en que con discreción y buen gusto se hable del único oficio y arte que verdaderamente tuvo Cervantes, del arte y oficio de novelista y de gran poeta en prosa. Las indicaciones de D. Juan Valera, que es, á mi juicio, el español que mejor ha hablado del *Quijote*, aunque en pocas páginas, son lo que más se acerca á este ideal de crítica que yo concibo, y pueden ser germen de un libro que su mismo autor podría escribir mejor que nadie, si quisiera.

Perdone Vd. esta digresión, y volvamos á Don Quijote el Malo. Para terminar esta enfadosa epístola, sólo me resta presentar los títulos de mi candidato, á quien de intento he reservado para el último lugar,

como lo requiere la pequeñez del sujeto y la poca autoridad del que se atreve á presentarle. El que yo quiero favorecer con la ganga del falso *Quijote* (en lo cual ciertamente no sé si le hago un favor ó un disfavor póstumo) lleva el oscurísimo nombre de *Alfonso Lamberto*. Su estado civil me es desconocido: sólo puedo decir de él que era aragonés y poeta. Los indicios que tengo para adjudicarle la paternidad de la disputada novela, pueden exponerse en pocas palabras, y no proceden de fuente muy recóndita.

El bibliotecario Pellicer, en su biografía de Cervantes, muy anticuada ya, pero útil y curiosa siempre, aun después de la publicación de la de Navarrete y de tantas otras posteriores, da noticia de un códice de la biblioteca de los condes (hoy duques) de Fernán Núñez marcado así: *Tractatus Varii*, 382. En este códice, que debe de ser un tomo de papeles varios, se contienen las sentencias ó vejámenes que se intimaron á los poetas que concurrieron á dos certámenes celebrados en Zaragoza por los años de 1614, sobre la interpretación de dos enigmas que habían corrido manuscritos en aquella ciudad. Entre los poetas concurrentes al primer certamen figuraban Martín Escuer, *Alfonso Lamberto*, Pablo Visieda, Josef Pilares, el Maestro Potranca, Juan Navarro, Miguei

Soriano, Muniesa, Gerónimo Hernández, el incógnito Xarava, etc. En el segundo certamen escribieron Jayme Portolés, Pedro Huerta, *Alfonso Lamberto*, Lozano y otros.

A cada uno de los poetas, según costumbre de esta clase de justas, les da el fiscal un vejamen, censurando sus poesías, y les aplica su condigno castigo por no haber acertado á descifrar los enigmas. A uno de los poetas del primer certamen se le dice esto:

A *Sancho Panza*, estudiante,
Oficial, ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento,
Caballero en Rocinante.

«Este poeta (dice Pellicer) á quien se le llama Sancho Panza, y cuyo nombre se calla, parece que es el fingido Alonso Fernández de Avellaneda.»

Entre las sentencias ó vejámenes contra los poetas que escribieron para el certamen segundo, se lee esto:

Al blanco de la ganancia
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia se encubre
Sancho Panza, y él descubre
La fuerza de su ignorancia;
Y pues afirma de veras
Sus inventadas quimeras,
En galeras tome puerto;
Que tras azotes es cierto
Se siguen siempre galeras.

Pellicer continúa sospechando que aquí también se satiriza á Avellaneda. Los versos son confusos y malos de todas veras, pero parece que aluden á un capítulo del falso *Quijote*, el 8.º, en que el ingenioso hidalgo, al entrar en Zaragoza, se empeña en librar á un criminal á quien iban azotando por las calles, y se ve de resultas en la cárcel pública, condenado á la misma pena de azotes y vergüenza, de que afortunadamente le salva su amigo D. Alvaro Tarfe. El fiscal del certamen, por consiguiente, entendía referirse al *Quijote* de Avellaneda y no al de Cervantes; y tal alusión, en Zaragoza y en el mismo año de la publicación del libro, da mucho peso á la inducción de Pellicer, y mueve á sospechar que el poeta aragonés designado con el nombre de *Sancho Panza*, sea efectivamente el temerario rival de Cervantes.

¿Pero cuál de los poetas de estos certámenes puede ser? *Aquí está la mayor dificultad*, dice Pellicer. No tanta, si nos atenemos á los datos que él mismo trae. Sólo un poeta de los citados por él concurrió á los dos certámenes, y este poeta es *Alfonso Lamberto*. El es, por tanto, el *Sancho Panza* del uno y del otro vejamen. Sólo puede quedar el escrúpulo de que quizá entre los poetas cuyos nombres (no sé por qué) omite Pellicer, en

vez de presentar la lista completa, haya algún otro repetido; duda de que no podríamos salir sino en presencia del código mismo. Pero, entretanto, queda sólo *Alfonso Lamberto*, cuya causa se fortifica, como veremos, por otros indicios (1).

(1) De intento he dejado subsistir estos párrafos, por lo mismo que en ellos tengo algo que enmendar, y sobre todo algo que añadir á las especies que hasta ahora han corrido de molde acerca de los certámenes de Zaragoza. Cuantos han escrito de este asunto se han guiado únicamente por las noticias de Pellicer, que exigen rectificación en algunos puntos.

Poco más de un año después de la publicación de mi carta sobre el *Quijote* de Avellaneda, mi difunto amigo y querido compañero D. Pedro Roca, á cuyo cargo estaba el archivo de la casa ducal de Fernán Núñez, logró, después de largas pesquisas, dar con el tomo de *varios* que vió Pellicer y que se había ocultado á los eruditos posteriores.

Los certámenes son dos, pero llevan un título común que dice así:

*Sentencia del xertamen | sobre la exposicion de dos |
enigmas dada en la ynsigne | Universidad de | Çaragoça
en 26 de Mar- | ço del año de 1613.*

Concurrieron al primer certamen los siguientes poetas: Martín Escuer.—Gacol.—*Alfonso Lamberto*.—Bernardo.—Pablo Visieda.—San Alexo ó Monserrate (*sic*).—Martín Guzmán.—El Maestro Potranca.—El Licenciado Cazmarra.—El Licenciado Langaruto.—Tiburcio Machaco.—Don Fulano.—Josefe Pilares.—Francisco Blitiri.—Diego Tordillo.—Martín Gaspar.—Montero.—Juan Navarro.—Bernardo Daniel.—Miguel Soriano.—Lumbreras.—Gerónimo Hernández.—Francisco Alcondoque.—Muniesa.—*Sancho Panza*.—El incógnito Xaraba.—Dionisio Viñán.—Pedro de Espes.—Pablo Romero.

Al segundo los siguientes: (Marco con un asterisco *os que están repetidos.) Jaime Portolés.—Diego Amigó.—El venturoso perdido.—**Alfonso Lamberto*.—*Muniesa.

Los partidarios de Aliaga no han desconocido estas noticias; pero empeñados en sacar adelante su hipótesis, no han vacilado en suponer, arbitrariamente y sin la menor som-

—Lozano.—Periquito de Utreras.—*Juan Navarro.—**Sancho Panza*.—Pedro de Güerta.—Navarro.—Vicencio Carrasco.—Tomás Alegre.

Infiérese de estas listas que los poetas repetidos en ambos certámenes son cuatro, y no solamente *Alfonso Lamberto*, como resultaba de las noticias de Pellicer. Y además *Alfonso Lamberto* y *Sancho Panza* aparecen en ellas como dos poetas distintos, á no ser que el segundo sea seudónimo del primero, lo cual no se puede admitir sin pruebas.

He aquí los versos que se refieren á Alfonso Lamberto y á Sancho Panza en el primer certamen:

El buen *Alfonso Lamberto*
Devoción ha descubierto;
Pues dice que es San Francisco
Y los frayles de su aprisco,
Y que esto tiene por cierto.
Si desea como garza
Llevar honrado Bohemio
Por su devoto prohemio,
Que lo coronen de zarza,
Que yo no le sé otro premio.

.....
Á Sancho Panza estudiante...

(Es la copiada por Pellicer.)

SEGUNDO VEXAMEN

Alfonso Lamberto es cierto
Que humildad ha descubierto
Y tanto quiso humillarse
Que viene al fin á explicarse
Por las razones de un muerto.
Espere que este servicio
En el día del juicio

bra de verosimilitud, que *Alfonso Lamberto* era un seudónimo con que en aquella ocasión quiso encubrirse el confesor de Felipe III. Con este cómodo sistema todo se

Dios se lo quiera pagar,
Mas pues enseña á callar,
Aprenda bien ese oficio.

Al blanco de la ganancia.

(Es la citada por Pellicer.)

Conocido ya el texto íntegro de los certámenes, cae por su base la deleznable conjetura de Pellicer. *Sancho Panza* es el seudónimo con que concurrió á aquella justa literaria un poeta al parecer distinto de todos los demás que allí están expresamente designados. Tampoco debe darse especial importancia (como ya advirtió Tubino, citado por el señor Groussac) á las frases de *azotes* y *galeras*, que se parecen á otras muchas usadas en esta clase de vejámenes. A Navarro, por ejemplo, se le hace la siguiente intimación en el segundo de los certámenes de Zaragoza:

A Navarro sin rencillas
Paséenle las costillas,
Y pues así se alborozo
Pasee por Zaragoza
Con corozo y campanillas...

Por lo mismo que el Sr. Groussac no ha podido tener noticia de estos documentos, que tanto le hubieran servido en su refutación, me complazco en darles publicidad, sin suprimir ni una línea de lo que escribí antes, inducido á error por Pellicer.

Y ya que de certámenes se trata, no creo que huelgue la noticia que de otras fiestas de Zaragoza, en que claramente se alude al falso Quijote, publicó Barrera en sus *Nuevas investigaciones sobre la vida de Cervantes*. (Obras completas... ed. de Rivadeneyra, tom. I, pp. CXIX-CXX.)

En las fiestas que á la beatificación de Sta. Teresa celebró la imperial ciudad de Zaragoza, por Octubre de 1614 y cuya relación ó *Retrato* (que así se titula) escribió y pu-

allana, y es fácil negar la existencia de cualquiera persona de quien no se tengan datos biográficos. Yo del mismo *Alfonso Lamberto* no las tengo, pero sí de otro poeta arago-

blicó Luis Díez de Aux (Zaragoza, 1615), salió, entre otras, una mascarada de estudiantes, que el expresado relator de los festejos describe en estos términos:

«Venía Don Quijote de la Mancha con un traje gracioso, arrogante y pícaro, puntualmente de la manera que en su libro se pinta. Esta figura y otra de Sancho Panza, su criado, que le acompañaba, causaron grande regocijo y entretenimiento, porque, á más de que su traje era en extremo gracioso, lo era también la invención que llevaban; fingiendo ser cazadores de demonios, que traían allí enjaulados, y como triunfando de ellos... y éstos se representaban en dos fieras máscaras atadas, cuyas cabezas estaban encerradas en sendas jaulas. Sancho Panza salió con un justillo de pieles de carneros recién muertos, el pelo hacia dentro.» Añade que este traje causó extraordinaria risa, «como también la causaron los papeillos que con algunos motes daba á las damas, y una información (abono de su justicia) que en razón del premio nos presentaron en unos versos del tenor siguiente:

La verdadera y segunda parte del Ingenioso
Don Quixote de la Mancha,

Compuesta por el licenciado Aquesteles, natural de cómo se dice, véndese en donde y á dó, Año de 1614.

Inserta seguidamente los versos á que se refiere; entre ellos el informe de Don Quijote en siete redondillas, que empiezan:

Soy el fuerte don Quixo-
Más que el bravo Paladi-
Llevado por su roci-
Y traído por el tro-

«Llevó unos preciosos guantes, y aunque fueren los mejores del mundo, los merecía.»

Es indudable que en este epigrafe se alude al *Don Quijote* de Avellaneda, que por aquellos días estaba ya á

nés contemporáneo y probablemente deudo suyo (1). Llamóse *D. Martín Lamberto Iñiguez* y está honoríficamente mencionado por el cronista D. Juan Francisco Andrés en su *Aganipe de los cisnes aragoneses celebrados en el clarín de la fama*, al hablar de los poetas de Jaca y sus montañas.

Martín Lamberto Iñiguez, gallardo
Girasol (2) del gravísimo Leonardo,
Amante de sus rayos eloquentes.
Del Ebro las corrientes
Fueron feliz aplauso y maravilla:
Sus claros ascendientes
Tuvieron sus solares
En los de Jaca sus antiguos Lares;
Después á Zaragoza trasladados,
Gozan de los supremos Magistrados,
Y sus versos suaves numerosos,
Por agradables, tersos, amorosos,
Al ciego Dios Cupido
Le pudieron tener adormecido:

punto de salir á luz. Está muy lejos de ser crítica la alusión, y pudiera sospecharse si el autor de los versos sería tal vez el mismo supuesto Avellaneda (*el licenciado Aquesteles: él es aqueste*).

(1) *Seguramente*, decía en la primera edición de este artículo: ¿*Qué sabe él?* me pregunta muy destemplado el Sr. Groussac. Tiene razón en su reparo. Nada sé ni de esto ni de otras muchas cosas, pero nadie negará que la observación podía estar hecha con más cortesía. Con cambiar un adverbio queda complacido mi urbano contradictor.

(2) *Girador* dice la edición de Zaragoza, 1890, y dirá, probablemente, la de Amsterdam de 1781, pero debe de ser errata de copia.

Que de sus versos graves los arpones
Penetran los humanos corazones:
Y aun al inexorable Radamanto
Pudiera enternecer su dulce canto.

De estos versos, tan malos como casi todos los de la *Aganipe*, cuyo interés es meramente histórico, se deduce que *Martín Lamberto*, aunque oriundo de Jaca, había nacido en Zaragoza y que fué amigo de Bartolomé Leonardo de Argensola.

En el raro y muy apreciable volumen de las *Poesías de Martín Miguel Navarro*, canónigo de Tarazona, amigo también y discípulo de los Argensolas (1), se lee una elegante y filosófica epístola del canónigo, respondiendo á una *carta de Martín Lamberto Iñiguez, Señor de Faba y Espin en la valle de Serrablo en las montañas de Jaca, en que le reprobaba su vida solitaria*.

En las *Rimas* de los hermanos Argensolas, cuya primera edición (ya póstuma) es de 1634, se lee un soneto de *Lamberto Iñiguez*, al cual contesta el rector de Villahermosa con los mismos consonantes:

Retor, á la esperanza infiel no aspira
Con fugitivas horas tu Lamberto...

Finalmente, Latassa, en su *Biblioteca nueva de escritores aragoneses*, nos informa que

(1) Publicado en Amsterdam por D. Ignacio de Asso en 1781.

D. Martín Lamberto estuvo casado con Doña Marquesa Girón de Rebolledo, de quien dejó noble descendencia.

De este Martín Lamberto, poeta y amigo de los Argensolas, imagino que fué próximo pariente el Alfonso Lamberto que buscamos. A los eruditos aragoneses toca averiguarlo y rastrear noticias de su vida, que quizá puedan servir para la resolución del problema en que estamos empeñados (1).

¿Y no dejaría el incógnito autor del Quijote alguna indicación de su persona en el

(1) En sus curiosísimos *Anales de la literatura española* (Madrid, 1904) acaba de publicar D. Adolfo Bonilla y San Martín el soneto siguiente, que lleva las iniciales de A. L. en el código 3.890 de la Biblioteca Nacional:

No me pidas, Inés, lo que no tengo;
Que me enfadas en ello, por tu vida;
Pideme tú que dé alguna herida,
Y ocuparé mi brazo *lambertengo*.

De Roldán el francés, del indio Rengo
No serás con más ynpetu servida,
Mas visto que me pides la comida,
¡Por el agua de Dios que me deriengo!

Duquesa de Borbón y de Zerdania,
Aposentarte en rica galería
Quisiera, y darte; mis deseos son buenos.

Pero en mi escritorcillo el de Alemania,
Tengo el mismo dinero que en Turquía:
Verdad es que en las Indias tengo menos.

El *lambertengo* del verso cuarto puede hacer sospechar que las iniciales A. L. corresponden a Alfonso Lamberto. Como mera sospecha lo apunto.

texto de su mismo libro, según suelen hacer los que, escribiendo obras anónimas y clandestinas, no quieren, sin embargo, por vanagloria literaria, renunciar totalmente á la esperanza de que algún lector avisado les levante la máscara cuando no haya peligro en ello? Tal pensaba yo, cuando de pronto hirieron mi vista las primeras palabras del primer capítulo del falso *Quijote*, las cuales, á la letra, dicen así: *El sabio Alisolán, historiador, no*. Soy poco aficionado á los anagramas, y estoy escarmentado de ellos por el ejemplo de Benjumea; pero éste, para casualidad, me parece mucho (1). En esas cinco

(1) Con chistes de mediano gusto se burla el Sr. Groussac de este anagrama, dándome de paso una lección elemental sobre los «casos de indeterminación» y sobre las reglas del anagrama, lección bien excusada porque la aprendí hace muchos años en la *Metamétrica* del Obispo Caramuel, y en otros tratadistas españoles. Pero es indudable que además de los anagramas perfectos, existen los llamados imperfectos, y que algunos autores los han usado para ocultar sus nombres. Imperfectísimo es, por ejemplo, el de *Siralvo*, que empleó Luis Gálvez Montalvo en su *Pastor de Filida*. En él van envueltas las letras del nombre Luis y el final del apellido Montalvo. A este mismo género de anagramas que me atrevería á llamar de doble empleo ó de doble fondo, si no temiera excitar la risa del Sr. Groussac, pudiera pertenecer el del sabio *Alisolán*, que contiene todas las letras del nombre Alonso y las tres primeras de Lamberto. De este modo, y con solas dos palabras, se obtiene un seudónimo de formación muy análoga al de *Siralvo*. Análogo es también el de *Salicio* usado por *Garcilaso*. Y así solían formarse en el siglo xvi los nombres poéticos, no por anagrama perfecto.